

hombres. También el sentido de las narices, y del gusto, y del tacto tienen sus juicios para sentir las cosas que les pertenecen. Para cuya recreacion y deleite se han inventado mas artes de las que yo quisiera, porque ya veis hasta donde ha llegado la composicion de los unguentos olorosos, y el artificio de tantos guisados, y el regalo de los vestidos preciosos. Todo lo susodicho es de Tulio, y todo ellos representa la summa sabiduría y consejo del que tan perfectamente fabricó y guarneció todos estos sentidos para los oficios y uso de nuestra vida, sin descuidarse de cosa alguna, por pequeña que fuese; pues llegó su providencia á una cosa tan pequeña como es la cera de los oídos, para el oficio que aquí está dicho. Pues ¿que cuidado tendrá de las cosas mayores, quien tan particular lo tuvo de las menores?

CAPITULO XXXII.

De la conveniencia de las otras partes exteriores de nuestro cuerpo.

No ménos respaldece la hermosura de la divina Providencia en la fábrica y conveniencia de las otras partes del cuerpo, que en la destas cinco sentidos susodichos. Porque primeramente á todo el cuerpo de piés á cabeza proveyó el Criador de sus vestiduras, y estas dobladas: la primera de las cuales es un pellejuelo muy delicado, que muchas veces lo desollamos sin sentirlo, como acaece á los que tienen sarna ó viruelas. Tras deste está otro pellejo mas fuerte, que en algunas partes está mas grueso, como en la cabeza para defension della, y en las plantas de los piés para los que andan descalzos; en otras está mas delgado, como es en la cara. Y no contento con habernos dado esta vestidura del pellejo, proveyó tambien de mucha gordura, que es como una colcha que abriga toda la carne de nuestro cuerpo: lo cual se ve no solo en algunos animales en que abunda esta gordura, sino tambien en cualquier cuerpo humano, si no está muy flaco.

Y descendiendo en particular á tratar de todos los miembros, y comenzando por la cabeza, ofrécese primero los cabellos, que sirven para abrigo y defension della, y en las mujeres para honestidad y hermosura; pues, como dice el Apóstol (a), los cabellos le fuéron dados por velo para cubrirse. Mas ¿cuán á propósito fuéron dados los pelos de la barba á los hombres, y quitados á las mujeres! Porque en ellas fueran grande fealdad, siendo por el contrario en los hombres parte de hermosura y autoridad. Y no ménos sirven para la distincion entre el varon y la hembra para guarda de la castidad; porque á cuántos malos recaudos y engaños se abriera la puerta, si los hombres carecieran desta señal.

Síguese despues de la barba el cuello, que es como una hermosa columna, aunque compuesta de diversas piezas, como de gonces para doblarse á una parte y á otra, la cual no solo sirve de hermosura, sino tambien de otros dos señalados oficios; porque por ella van dos canales, una por donde va el mantenimiento con que vivimos, y otra por donde va el aire con que respiramos. Mas abajo están los pechos, compuestos de huesos duros para guarda del corazon. Porque así como el Criador proveyó del casco duro (que es como un yelmo para guarda de los sesos de la cabeza), así proveyó destes huesos del pecho, que son como unas corazas para guarda del corazon. En lo cual se ve cómo la divina Provi-

(a) 1. Cor. 11.

dencia tiene mayor cuidado de las cosas mayores, que de las menores, proveyendo destas dos maneras de armas defensivas para guarda destes dos miembros tan principales. Mas en los pechos de las mujeres (demas deste defensivo) puso dos fuentes de leche para criar los hijos que naciesen. Y puso dos, porque cuando acaeciese parir dos, hubiese racion para entrambos. Aunque en esta ciudad de Lisboa, pocos dias há parió una mujer casada tres, dos niños y una niña, y todos vivieron. Y es cosa de admiracion, que la sangre que iba á sustentar el niño cuando estaba en las entrañas de su madre, acude luego como si tuviera juicio y discrecion á estos dos pechos, hecha ya de sangre leche: que es manjar suavísimo y delicadísimo, cocido ya en los pechos de la madre, y proporcionado al estómago delicado del niño recién nacido, el cual se mantiene ya por la boca, habiéndose ántes mantenido por el ombligo. Y la misma Providencia que puso aquí dos fuentes de leche, puso muchas en los animales que paren muchos hijos, como son perros, gatos, y conejos, y otros semejantes; cuyos hijos acabando de nacer, teniendo aun cerrados los ojos, sin otro maestro mas que el Criador, atinan luego al lugar donde están las fuentes de la leche, para mantenerse. Mas en el vientre que está debajo de los pechos no puso esta armazon de huesos; porque como las tripas que ocupan este lugar, sean de una carne blanda, recibieran perjuicio con la vecindad de los huesos duros, si aquí se pusieran.

Pues ¿qué diré de las manos, que son los ministros de la razon y de la sabiduría? Las cuales aquel artífice soberano hizo un poquito cóncavas, para abrazar y retener lo que quisiesen; y acrecentóles tambien los dedos, en los cuales no sabréis determinar cual sea mayor, la utilidad dellos, ó la hermosura. Ca el número dellos es perfecto, y la órden y dignidad muy decente, y asimismo la flexibilidad de los artículos, y la forma de las uñas redonda y firme, para hermosura y guarnicion de los dedos, y para que la ternura de la carne no recibiese detrimento usando dellos. Pero no es ménos admirable y provechoso el uso del dedo pulgar, el cual apartado de los otros, sale á recibirlos, y dádoles facultad para abrazar y recibir las cosas como rector y gobernador dellos.

Y descendiendo mas abajo de las manos, no quiere Teodoro que se pase en silencio la providencia del Criador en habernos proveido de dos cojines naturales para estar asentados sin trabajo. Porque si estos faltasen recibiría el hombre molestia, estando asentado sobre los huesos descarnados y duros. Y no ménos sirven para la caballería, mayormente de los que van asentados, las barriguillas de las piernas, demas de la gracia y hermosura que tienen; porque en todas las partes de nuestro cuerpo juntó el Criador utilidad y hermosura, como arriba dijimos. Y esto mismo se ve en la fábrica de los piés que se rematan en sus dedos guarnecidos con sus uñas, sobre los cuales estriban los hombres, y con el ayuda dellos cuando es menester suben por una lanza, y á veces andan sobre una maroma.

CAPITULO XXXIII.

De la parte afectiva del ánima sensitiva: que es de las pasiones y afectos que están en nuestro corazon.

Dicho ya de los sentidos así interiores como exteriores, que son propios del ánima sensitiva, y sirven para conocer las cosas que son provechosas ó dañosas al ani-

mal, síguese que tratemos de la parte afectiva, que pertenece á esa misma ánima sensitiva, donde están los afectos y pasiones naturales; los cuales sirven para apetecer y procurar las cosas provechosas, y huir las dañosas, que no ménos son necesarias para la conservacion de nuestra vida y de cualquier animal. Y entre estos afectos y pasiones hay dos principales, los cuales son raices y fundamento de todos los otros, que son amor y odio: conviene saber, amor del bien particular que nos puede aprovechar, y odio y aborrecimiento de lo que nos puede empecer; para que así el animal procure lo bueno y conveniente para su conservacion, y huyese lo malo de que se podia seguir su destruicion. Porque faltando estos dos afectos, quedaria el animal, ó como ave sin alas, ó galera sin remos, para no poder buscar lo que le era provechoso, y huir lo contrario. Por lo cual dijeron muy bien los filósofos estoicos (como refiere Séneca) que estos dos afectos eran como un ayo que la divina Providencia habia dado al hombre. Porque así como el ayo que tiene á cargo un niño, le procura todo bien, y le desvia de todo mal, así lo hacen estos dos afectos cuando son bien regidos.

Mas aquí es de notar, que destes dos afectos, como de dos raices principales, nacen otros. Porque del bien que amamos, cuando está ausente nace deseo, y cuando está presente alegría. Otró del mal que aborrecemos, cuando está ausente nace huida, que es deseo de evitarle, y cuando está presente tristeza. Y estas seis pasiones que son amor y odio, deseo y huida, alegría y tristeza, llaman los filósofos la parte concupiscible de nuestra ánima; porque tiene por oficio cobdiciar estos bienes sensibles.

Mas si este bien á que estamos aficionados es dificultoso de alcanzar, el deseo dél nos hace tener esperanza que lo alcanzaremos; porque fácilmente esperan los hombres lo que desean. Mas si son tales las dificultades, que vencen nuestra esperanza, luego nace de aquí otro afecto contrario, que es desconfianza.

Otras veces si el deseo es muy grande, causa en nuestros corazones otra pasion, que es animosidad y osadía para romper por cualesquier dificultades que nos impidan este bien que deseamos, cual fué la que tuvieron aquellos caballeros esforzados de David, que atravesaron por medio del real de los enemigos (a) para traerle el agua que deseaba. Mas si son tantas las dificultades que no se atrean á ellas, de aquí nace otra pasion contraria á la pasada, que es temor. El cual tambien sirve á la guarda del animal, para que no se atreva á lo que no puede, y para que busque su remedio ó escondiéndose, ó huyendo. Pero si demas desto se atraviesa alguno que totalmente nos impide lo que mucho deseamos, ó nos quita de las manos lo que ya poseemos, aquí se encrepa y embravece la ira: la cual se dice que es vengadora de los agravios y estorbos que recibe nuestra concupiscencia. De suerte que ella es como espada que se pone á defender esta pasion que tiene por hermana.

Estos cinco afectos y pasiones naturales son tambien necesarios para la conservacion de nuestra vida. Porque si no tuviera nuestra ánima mas que un apetito de las cosas que convienen para su conservacion, y no tuviera coraje y brio para vencer las dificultades con que muchas veces están acompañadas, no las alcanzaria; y así careceria de lo que le era necesario para vivir. Por tanto aquel

(a) 2. Reg. 23.

divino presidente (que en ninguna cosa falta) proveyó destas cinco pasiones, que son esperanza y desconfianza, osadía y temor, y ira: las cuales sirven (cada cual en su manera) ó para vencer esta dificultad cuando pueden, ó para temer el peligro y el trabajo, y desconfiar de la victoria cuando no pueden.

Mas no será razon pasar por aquí sin aprovecharnos deste ejemplo para un muy necesario documento de la vida espiritual, que ya en otro lugar tratamos. Ca por aquí entenderán los que tienen buenos deseos, que no basta eso para alcanzar las virtudes que desean, si no están acompañados con una gran fortaleza para vencer las dificultades que en la ejecucion de esos buenos deseos se ofrecen. Porque sabida cosa es que todas las virtudes están cercadas y acompañadas con dificultad; porque donde no hay dificultad no hay virtud. Y por esto cuando con el deseo de las virtudes no hay este brio y esfuerzo susodicho para acometerlas, quedarse ha el hombre estéril y sin fructo con todos sus buenos deseos. Por lo cual se dice, que el infierno está lleno destes buenos deseos, mas el paraíso de buenas obras. Verdad es, que cuando los deseos son grandes, ellos traen consigo este ánimo y fortaleza.

§. I.

De cómo estos afectos bien gobernados sirven para conseguir las virtudes, y huir los vicios.

Mas volviendo al propósito, aquí se ha de notar que no solo sirven estos afectos para la conservacion, así de la vida, como de la especie humana; sino tambien nos ayudan para el ejercicio de algunas virtudes. Porque de la ira se dice que es despertadora de la justicia vindicativa, que es la que tiene por oficio castigar los delitos. Porque con la ira y indignacion que se concibe contra ellos, se mueven los jueces á castigarlos. Puesto caso que sea verdad lo que Aristóteles sabiamente dice, que la ira es buena para soldado, mas no para capitán. Así mismo del deseo que tenemos de lo que juzgamos por bueno, nacen dos afectos, que siendo bien regidos sirven para procurar las virtudes y aborrecer los vicios; que son amor de la honra y vergüenza del vicio. Porque viendo aquel divino presidente cuán amigos sean los hombres políticos y nobles de honra, y deseando por otra parte que lo fuesen tambien de la virtud ¿qué hizo para esto? Puso en la virtud la honra, para que siguiera por esta causa se aficionasen á ella, pues en sola ella está la verdadera honra. Y esto fué como azucarar la virtud, y ponerle este cebo para enamorar los hombres della: puesto caso que no sea verdadera virtud la que por sola esta causa se procura. Y desta raíz nacieron las virtudes y hechos heroicos de los romanos, los cuales acometian cosas tan grandes por esta honra. Por esta no recibió Scipion, y otros capitanes romanos, las doncellas hermosísimas que les presentaban, mas ántes honrándolas mucho, las volvian á sus padres ó maridos.

Y así como el amor de la honra aficiona el corazon á la virtud, así la vergüenza, que es otro afecto hermano deste, lo retrae de los vicios, por la mengua y deshonra que traen consigo. La cual aquel sapientísimo gobernador y amador de toda pureza señaladamente imprimió en los corazones de las mujeres, y mucho mas en las doncellas: la cual es como un natural muro de la castidad. Porque así convenia que aquel artífice sapientísimo pudiese mas cobro en lo que mas importaba, y mas era de-

seado de muchos. Y por esto demas del sello virginal proveyó desta natural vergüenza, que es como freno deste vicio. Lo cual se ve aun en las mujeres poco honestas. Y así pinta Ovidio á una dellas, la cual, escribiendo una carta á un mancebo que mucho amaba, dice en ella que tres veces habia acometido á hablarle, y otras tantas habia enmudecido, y pegádoselo la lengua al paladar. Mas á la reina Dido pinta aquel noble poeta Virgilio (b) con tan gran vergüenza y honestidad, que deseando ella casar con Eneas, despues de la muerte del primer marido, dice estas palabras: Plega á Dios que ántes se abra la tierra hasta los abismos, y me trague; y el padre tótopoderoso me arroje un rayo que me hunda junto á las sombras oscuras y noche profunda del infierno, ántes que yo cometa cosa contra mi honestidad y vergüenza. Y para confirmacion desto añadiré aquí una cosa notable, que refiere Plutarco. Escribe él que en una ciudad de Grecia reinó un humor de melancolia, tan extraño, que cada día muchas doncellas se mataban, y no se hallaba cura ni remedio para este mal. Mas un hombre sabio, aprovechándose deste natural afecto que el Criador imprimió en los corazones de las mujeres, dió orden cómo se pusiese un edicto público, donde se mandase que todas las doncellas que así se matasen, las llevasen á enterrar públicamente desnudas, á vista de todo el pueblo. Con lo cual obró tanto la vergüenza natural y el miedo desta pena tan vergonzosa en aquellas doncellas, que lo que ningunas medicinas ni remedios pudieron acabar, acabó este natural afecto de vergüenza; y así de ahí delante cesó esta plaga.

Tambien se debe aquí advertir, que aunque algunos destos afectos y pasiones naturales que aquí habemos contado, tengan nombres de vicios ó de virtudes, no son lo uno ni lo otro, sino pasiones naturales, que son indiferentes para bien y para mal, segun bien ó mal dellas usáremos. Porque cuando estas pasiones que están en la parte inferior de nuestra ánima, siguen el dictamen de la parte superior della (donde están el entendimiento y la voluntad) abrazando lo que la razon les pone delante, entónces usamos bien dellas, que es sirviéndonos dellas para aquello que nos fueron dadas. Y este movimiento dice Aristóteles que es semejante al movimiento de los cielos inferiores; los cuales se mueven conforme al movimiento del cielo superior (que llaman el primer móvil), el cual se mueve de Oriente á Occidente, dando una vuelta al mundo en un día natural. Porque así como es cosa conveniente que los cielos inferiores sigan el movimiento del superior, así lo es que estas pasiones de la parte inferior de nuestra ánima sigan el regimiento y imperio de la parte superior della.

Mas cuando siguen otro norte, que es cuando (dejada la razon) se mueven por la imaginacion y aprehension de las cosas sensuales (que es una guía muy ciega) entónces van descaminadas, por seguir este adalid tan ciego. Y este movimiento compara el mismo filósofo con el movimiento contrario de los planetas, los cuales se mueven de Occidente á Oriente; dando á entender que no es cosa decente que los inferiores no se conformen con sus mayores.

(b) Virgil. *Æneid*, lib. 4.

§. II.

Orden desta espiritual monarquía, y guerra de nuestro adversario en esta parte concupiscible.

Mas para entender este linaje de monarquía espiritual, se ha de presuponer que en este reino de nuestra ánima, la voluntad es como el rey que manda á todos los miembros y facultades que hay en el hombre; y el entendimiento (cuando no está depravado) es su fiel consejero, que le representa la dignidad y excelencia de las cosas espirituales para que las ame, y la fealdad de los vicios para que los aborrezca. Tiene tambien sus criados, que son todos los miembros del cuerpo, los cuales se mueven conforme al imperio de la voluntad, sin resistencia alguna, y obedecen á lo que les es mandado. Hay tambien en este reino (como en todos los demas) sus lisonjeros, que aconsejan al rey lo que no le conviene; que son estas pasiones susodichas, las cuales, aficionándose á los bienes sensuales y deleitables, aconsejan al rey que él tambien se aficioné á ellos, aunque reclama el entendimiento, diciendo que los tales bienes y deleites son dañosos y ponzoñosos cuando son contrarios á la razon. Mas cuando las pasiones y apetitos son vehementes, ciegan la razon, y trastornan la voluntad, y llévanla en pos de sí. El ejemplo desto vemos en un hidrópico, el cual sabiendo cuánto mal le hace el beber, todavía puede tanto este apetito, que lleva tras sí la voluntad; la cual hace que el entendimiento apruebe esto y dé sentencia que así debe por entónces hacer; y así lo ejecutan los miembros.

Y aunque salgamos aquí un poco de la materia principal, no dejaré de decir que la parte de nuestra ánima donde se descubre mas la malicia del pecado original, es esta donde residen nuestros apetitos y pasiones; las cuales en nuestra primer creacion estaban enfrenadas y obedientes á la razon, con el don de la justicia original. Mas perdidó este don por el pecado, luego se desenfrenaron y rebelaron contra ella, y le dan bien en que entender. Y de aquí procede que así el mundo como el demonio nos hacen por esta parte muy cruda guerra. Por que como nuestra carne con estos sus apetitos naturalmente esté inclinada y aficionada á las cosas de carne, que son conforme á su naturaleza, acude aquí el enemigo, y atiza estas pasiones y deseos, y así los desordena y hace que excedan los límites y medida de la razon. Ca por esto se escribe dél en Job (c) que con su soplo hace arder las brasas, las cuales brasas son nuestras pasiones y apetitos; para que con este soplo pasen las marcas y la medida de la templanza. De modo que así como en el principio del mundo acometió al hombre por la mujer, que es á la parte fuerte por la flaca; lo mismo hacen los que tienen puesto cerco sobre una ciudad: así este enemigo comunmente nos hace guerra por esta mas flaca parte, por ser ella naturalmente inclinada á las cosas de la tierra.

Y así tiene él esta por su parcial y fautora, pues ella apetece lo mismo que él quiere, que son estos bienes sensuales y terrenos. Mas él con sus sugestiones de tal manera enciende estos deseos, que lo que si moderadamente se procurase y desease, serviria para conservacion de la vida (para lo cual estas pasiones fueron dadas), deseándolo desordenadamente, viene á ser estrago y corrupcion della. Porque de aquí nace el amor y

(c) Job 41.

deseo desordenado de la honra, de donde mana la ambicion; y del dinero, de do procede el avaricia; y de los deleites sensuales, de donde nace la gula con otros dishonestos deseos. Asimismo de aquí se ocasiona el odio y la ira desmedida contra quien este linaje de bienes nos impide, y asimismo la invidia de los que vemos aventajados en las cosas que nosotros deseamos. Y finalmente, todo el otro enjambre de vicios, destas raíces atizadas por el demonio procede.

Y por esto así como los defensores de una ciudad sitiada de enemigos ponen toda su fuerza en la parte mas flaca, por donde los enemigos la quieren entrar: así el verdadero siervo de Dios debe entender que la vida cristiana es una perpetua batalla, y, como se escribe en Job (d), una perpetua milicia ó tentacion sobre la tierra, la cual dura cuasi toda la vida; y que su profesion es de hombre de guerra, y que en esta parte mas flaca desus apetitos y pasiones ha de poner mayor cobro para que no se desmanden, porque aquí hay mayor peligro.

En cabo se ha de advertir, que así como los sentidos exteriores y interiores, que sirven para conocer las cosas, están en la cabeza, unos dentro y otros fuera della, como ya vimos: así estos afectos susodichos que se ordenan para apeteer ó huir dellas, tienen su asiento y lugar natural en el corazon. De modo que estos dos principales officios del ánima sensitiva, que sirven el uno para el conocimiento y el otro para el apetito de las cosas, repartió aquel artificio soberano con tal orden, que los puso en los dos mas principales miembros del cuerpo humano, que son la cabeza y el corazon; porque en este ponemos estos once afectos y pasiones naturales susodichas. Lo cual experimentamos cada día; porque manifestamente sentimos encenderse la sangre del corazon con la ira, y apretarse con la tristeza, y dilatarse con el alegría; los cuales dos afectos pueden crecer tanto, que destemplan de tal manera el corazon, que nos quiten la vida, como muchas veces acaesce. Esto baste summariamente dicho, para lo que toca á las facultades del ánima sensitiva, que tiene el hombre comun con todos los animales.

CAPITULO XXXIV.

De la ánima intelectiva y de sus officios.

Hasta aquí habemos tratado de las dos mas bajas facultades de nuestra ánima, que son del ánima que llaman vegetativa (que tiene por officio mantener y sustentar nuestros cuerpos), y de la que llaman sensitiva, de donde proceden los cinco sentidos exteriores de nuestro cuerpo, y los cuatro interiores de nuestra ánima. Agora será razon tratar de la mas alta parte del ánima, que es la que llaman intelectiva; la cual es substancia espiritual como los ángeles, y por esto no está afijada en algun órgano corporal, como están todos los otros sentidos, así exteriores como interiores.

Y para tratar desta ánima, y de la variedad y muchedumbre de sus officios y facultades, será necesario traer á la memoria lo que arriba dijimos tratando de la virtud y sutileza de los espíritus animales; donde procediendo por un discurso, así de los elementos como de todas las otras cosas que se componen dellos, venimos á concluir que cuanto las cosas mas se alejan de la pesadumbre y materia de la tierra, y mas se adelgazan y allegan á la condicion de cosas espirituales, tanto mas perfectas son

(d) Job 7.

y tanto mayor virtud y eficacia tienen para obrar. Pues segun esto, como nuestra ánima pase adelante destas cosas, y sea substancia espiritual, síguese que ha de ser mas perfecta que ellas, y tener mayor poder y eficacia para obrar.

Y comenzando á tratar de la dignidad y officios desta ánima intelectiva, decimos primeramente que ella es la que nos diferencia de los animales brutos, y nos hace semejantes á Dios y á sus santos ángeles. Lo cual testificó el mismo Hacedor, cuando al principio de la creacion dijo (a): Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; la cual semejanza decimos que tiene por razon desta ánima intelectiva.

Donde primeramente se ha de notar con cuánta autoridad comenzó el Criador á tratar de la creacion del hombre. Porque en la de las otras cosas no hacia mas que decir (b): Hágase esto, y luego era hecho. Y así dijo: Hágase luz, y luego fué hecha la luz; y: Háganse lumbreras en el cielo, y luego salió á luz el sol y la luna, juntamente con todas las estrellas. Mas habiendo de criar al hombre, usó deste lenguaje, diciendo: Hagamos, etc. Las cuales son palabras, no de sola una persona divina (c), sino de muchas, que es de toda la Santísima Trinidad, que entendió en la fábrica desta noble criatura. Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imagen y semejanza. Porque ser imagen de Dios, á solo el hombre y al ángel pertenece. Ca las demas criaturas, aunque sean sol, y luna, y estrellas con todas las demas (d), no se llaman imágenes, sino huellas ó pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza; mas por representar el hombre y el ángel mucho mas de aquella altísima naturaleza, se llaman imágenes de Dios. Y aun esto se confirma por otra particularidad que entrevino en la formacion del hombre. Porque habiendo Dios formado su cuerpo del lodo de la tierra, cuando crió el ánima, dice la Escritura (e) que sopló Dios en él espíritu de vida. Y porque el soplo procede de la parte interior del que sopla, quiso darnos á entender en esto ser el ánima una cosa divina, como cosa que salió del pecho de Dios; no porque sea ella partícula de aquella divina substancia (f), como algunos herejes dijeron, sino porque participa en muchas cosas la condicion y propiedades de Dios, como luego veremos.

Mas aquí es mucho de notar que una de las cosas criadas en que con mayor admiracion de todos los sabios resplandece la grandeza del poder de Dios, es la virtud que puso en nuestra ánima. Porque aunque en los ángeles resplandezca mucho este poder, pero ellos son substancias simples y puramente espirituales; mas nuestra ánima por una parte es substancia espiritual, como los ángeles, y por otra es forma deste cuerpo material que le sustenta y da vida, como lo hace el ánima de cualquier animal bruto. Y por ser tan grande la distancia que hay de las cosas puramente espirituales á las que son puramente materiales, y tan grande la desproporcion que hay para adjectivarse las unas con las otras, se tiene por una de las grandes maravillas de Dios haber dado tal virtud y facultad á nuestra ánima, que por una parte entienda las cosas altas como ángel, y por otra engendre como un caballo; por ser ella la que da facultad para esta generacion. De suerte que esto es como si hiciera

(a) Gen. 1. (b) Ibidem. (c) Aug. lib. 12. de Trinit. cap. 6. tom. 5. (d) Job 11. Psalms. 76. (e) Genes. 1. (f) August. de Moribus Manicheorum. lib. 2. cap. 19. tom. 1. et epist. 28. tom. 2.

Dios una criatura que fuera juntamente caballo y ángel; pues esta ánima tiene en sí la facultad y poder destas dos criaturas tan diferentes. Por donde con mucha razón pudo Sant Augustin decir (g) que entre cuantas maravillas hizo Dios por el hombre, la mayor fué el mismo hombre, como arriba dijimos.

CAPITULO XXXV.

Por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios.

Agora será bien examinar por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios. Porque entendido esto conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y avergüence de afear y escurecer esta divina imagen, abatiéndose á las vilezas de la carne. Y por aquí también verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento como Dios y como sus ángeles. Porque ninguna de todas las otras criaturas tiene esta libertad, ca todas son agentes naturales que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad; y así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, etc. Mas el hombre es libre y señor de sus obras, y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere. En lo cual parece que solo el hombre es señor, y que todas las otras criaturas son como captivas y siervas, pues solo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

Mas no solo la libertad de la voluntad, sino también la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias y nos hace semejantes á Dios; pues él también es substancia intelectual, aunque por otra mas alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras que proceden dellos. Por donde se dice, que el arte imita la naturaleza en cuanto puede: lo cual en mas claros términos es decir, que el hombre imita á Dios en la manera del obrar. Por donde así como el autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende (como los dientes para cortar y moler el manjar, y las manos para obrar, y los piés para andar, y las cañas de los huesos para sostener la carga del cuerpo): así el arte guarda esta misma proporcion en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las calzas y zapatos que hace para calzar, y en las casas que edifica para morar, y en los navíos que fabrica para navegar, etc., donde vemos cuán proporcionada viene cada cosa destas para el fin que se pretende.

Item así como el autor de la naturaleza procura en todas sus obras juntar en uno utilidad y hermosura (como lo vemos en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y asiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos y de las cejas y sobrecejas que los acompañan, lo cual todo no ménos sirve para la hermosura del rostro que para la buena ejecucion del oficio de cada una destas partes, porque cualquier cosa destas que se mudase impediria lo uno y lo otro): así el arte en cuanto puede imita lo mismo, procurando hacer todas las cosas artificiales, no solamente provechosas, sino también hermosas; como se ve en todas las alhajas de los hombres ricos y grandes señores, los cuales procuran que todas las cosas diputadas para su servicio sean de tal manera fabri-

(g) Diversor. tract. 21. tom. 9.

cadas, que no solamente sirvan á la necesidad, sino también á la hermosura.

Item así como son cuasi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia ó Lisboa. Porque andando por todas las calles destas ciudades, verás pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere á la marina, verá el trato de la mar, y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy á propósito para el oficio de la navegacion. Y si de ahí entrare en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas y otras ofensivas, unas para pelear de léjos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz, y compañía, y vida política de los hombres, tuvo corazon y ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destruicion del género humano. Y si de ahí pasare á las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y ciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entrare un dia solemne en una iglesia catedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en que apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en que recrear los oídos con la suavidad de las voces e instrumentos musicales que ahí dulcemente resuenan.

Y si sobre todo esto se hallare en una feria general como es la de Medina del Campo ó otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no solo en la fábrica y hermosura de las cosas, como está dicho, sino también en la variedad y muchedumbre de ellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho cuasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Para lo cual todo se sirve de las manos, las cuales fabricó el Criador con maravillosas habilidades y artificio, para que fuesen un convenientísimo y general instrumento de las mas principales partes de nuestra ánima, que son la voluntad y la razon. Porque por ellas obra la razon todas estas cosas susodichas y otras muchas mas. Ca ellas, como dice Tulio, nos sirven para labrar los campos, para edificar las casas, para tejer y coser las vestiduras, y para la fábrica de las cosas que se hacen de hierro ó de metal. Con las manos también edificamos las ciudades, los muros y los templos. Y por ellas también nos proveemos de diversos y abundantes frutos para nuestro mantenimiento. Ca por ellas sembramos los campos, los cuales nos dan diversos frutos, unos que se comen luego, y otros que se recogen y guardan para adelante. Por ellas también nos mantenemos de los animales, así de los que andan por la tierra, como de los que nadan en el agua, como de los que vuelan por el aire, no solo cazándolos, sino también criándolos en nuestras casas. Con ellas también domamos las bestias; las cuales llevando y trayendo carga nos sirven, dando también á nosotros fuerza y lijereza para caminar. Nosotros también con las manos les ponemos yugos, y asimismo usamos del sentido agudísimo de los elefantes, y de la sagacidad de los canes para nuestro provecho. Nosotros también con ellas sacamos el hierro de las entrañas de la tierra (cosa grandemente necesaria para la labor de los

campos); y asimismo descubrimos las venas escondidas del acero, de la plata y del oro, de las cuales cosas nos servimos, así para el uso de la vida, como para la hermosura y ornamento della. Aprovechémonos también de todo género de árboles, así fructuosos como silvestres, parte para calentarnos y guisar los manjares, y parte para edificar, con lo cual nos defendemos de los demasiados frios y calores. Y la misma materia sirve para fabricar navíos, por cuyo medio nos viene de todas partes abundante provision para las necesidades de la vida. Y así por el arte del navegar venimos á enseñorearnos de las dos cosas mas violentas que hay en la naturaleza, que son la mar y los vientos, y por este medio gozamos de muchas cosas que se traen por la mar. Es otro nuestro el señorío y uso de todos los frutos y comodidades de la tierra; porque nosotros gozamos de los campos y de los montes, nuestros son los ríos y los lagos, nosotros sembramos las mieses y los árboles, nosotros con riegos artificiales hacemos fértiles las tierras, nosotros represamos y enderezamos los ríos y los encaminamos por las partes que nos puedan aprovechar, y finalmente, usando de la industria de las manos en las cosas de naturaleza, habemos venido á fabricar otra nueva naturaleza. Lo susodicho es de Tulio.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra ánima tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene, en la manera del obrar, con él. Porque tres cosas pone Sant Dionisio así en el Criador como en sus criaturas (que son sér, poder y obrar), en las cuales hay tal órden y proporcion, que cual es el sér tal es el poder, y cual es el poder tales las obras. Y así por las obras conocemos el poder y por el poder el sér. Y pues como está dicho vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios, y entenderemos con cuánta razon se dice haber sido criado el hombre á imagen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

§. I.

Por algunas singulares propiedades de Dios se ve la semejanza que tiene con él nuestra ánima.

Es también singular propiedad de Dios estar en todo lugar presente, en el mundo y fuera del mundo. Y nuestra ánima intelectiva corre también por todos los lugares del mundo cuando quiere. Agora, dice Sant Ambrosio (a), estamos en Italia y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia y con los de Africa, y ahí tratamos con los amigos; caminamos con los que caminan, allegámonos á los peregrinos, juntámonos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros; y hasta los defuntos resuscitamos, y los abrazamos y conversamos como si estuvieran vivos. Pues por aquí se entiende no haber sido hecha á imagen de Dios aquella parte corporal que hay en nosotros; sino aquella que con el agudeza de su vista ve los ausentes, y pasa de la otra banda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodea sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se ayunta con Cristo, y descende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él: como lo hacia aquel que dice (b): Nuestra conversacion es en los cielos.

(a) Examer. lib. 6, cap. 8, tom. 1. (b) Philip. 5.

Pero otra cosa hay mas admirable, en que nuestra ánima imita la virtud y poder de Dios, en lo cual sobrepaja aun á los ángeles. Porque aunque en ellos resplandece mas perfectamente la imagen de Dios, por ser substancias, puramente espirituales, apartadas de toda materia, pero nuestra ánima, demas de ser substancia espiritual, representa esta imagen por otra via, que es con la variedad de los oficios que ejercita en los cuerpos donde mora. Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, eso obra nuestra ánima en el mundo menor, que es en el hombre. Vemos pues en el mundo mayor cuánta infinidad de criaturas y de obras naturales hay, y en todas ellas obra Dios, conservándolas en el sér que tienen, y dándoles virtud y facultad para todas las obras que hacen; porque la primera causa concurre con todas las otras inferiores, sin cuya virtud y influencia no podrian ellas obrar. Pues desta manera tiene nuestra ánima tan plenaria jurisdiccion y señorío dentro deste territorio de su cuerpo, que ninguna obra se hace en él, de que ella no sea principio y causa. Lo cual parece por la falta que ella hace cuando por la muerte falta; pues entónces cesan todas estas obras. De modo que con ser ella una simple y espiritual substancia, es principio de todos los oficios de la vida. Porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la lengua, toca con todos los otros miembros, cuece el manjar en el estómago, conviértelo en sangre en el hígado, y repártela por las venas en todo el cuerpo, cria los espíritus de vida en el corazon y los animales en el celebró, y distribuye los unos por las arterias y los otros por los nervos en todos los miembros del cuerpo. Ella pinta las cosas que vió en la imaginacion, y acuérdate de infinitos vocablos y cosas con la memoria, y discurre y disputa con el entendimiento, y ama ó aborrece con la voluntad. Y finalmente, no hay cosa tan menuda en nuestro cuerpo de que ella no sea principio y causa principal. De suerte que lo que son los pesos en el reloj, eso es el ánima en nuestro cuerpo; y así como quitados estos pesos, todas estas ruedas del reloj paran, así faltando el ánima á nuestro cuerpo, faltan todos los oficiales y oficios de nuestra vida.

Esta es una cosa de que el profeta David grandemente se maravilla cuando dice (c): Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría: la cual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es que yo no la puedo alcanzar. Sobre las cuales palabras, que en este sentido alega Teodoro, hace él una larga exclamacion diciendo así: Cuando yo, Señor, recogido dentro de mí mismo, y libre de los cuidados y negocios exteriores, entro en mí y me pongo á contemplar mi propia naturaleza y aquella facultad del ánima racional que me distes, y miro las ciencias de que ella ha sido capaz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo (con cuyo beneficio se hace la vida mas alegre y suave), y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la cual están distintamente guardados y conservados, y así se le ofrecen fácilmente cuando los ha menester, y miro también cómo esta ánima gobierna todo el cuerpo, y cómo ella misma cometió á los ojos el oficio de juzgar entre los colores, y á la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y héchola intérprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y á las narices dió facultad de examinar los olores, y á los oídos de percibir las palabras que

(c) Psal. 138.

vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el cual tocamiento á veces siente dolor, á veces alegría y deleite: considerando pues con ánimo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo muchas dellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable union de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razon de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Criador, vengo á prorumpir en voces de alabanza, y exclamo con este profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprehender. Lo susodicho es de Teodoro. Esta es, pues, otra admirable excelencia de nuestra ánima; en la cual imita á su Criador, obrando, como dijimos, todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las obra en este mundo. Por lo cual, demas de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

§. II.

Distincion de imagen y semejanza en la formacion del hombre.

Mas ¿qué quiere decir, que no solamente se dice haber sido hecha á imagen de Dios, sino tambien á su semejanza? A esto responden Sant Bernardo y Sant Ambrosio diciendo (d), que imagen se llama por razon de lo natural que recibió, y semejanza por lo gratuito. Quieren decir, que imagen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió, para vivir esta vida comun y natural; mas semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera criacion recibió, para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna. Por do parece que la imagen, que es lo natural, nunca se pierde, aunque el ánima esté en el infierno; mas la semejanza piérdese perdida la gracia: la cual se pierde por cualquier pecado mortal. Mas es mucho para sentir no solo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho mas la semejanza que succede en lugar desta. Y cuál sea ella, declaró el Profeta cuando dijo (e): El hombre constituido por Dios en dignidad y honra no entendió el estado que tenia; por lo cual vino á ser comparado con las bestias brutas, y hecho semejante á ellas. Pues ¿qué cosa mas para sentir, que esta tan gran caída, en que el hombre que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga á mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? ¿Adónde puede mas descaer y descender la miseria humana? Pues por aquí verá el hombre cuánta sea la malicia del pecado, que es causa deste tan grande mal.

Esto baste para concluir la materia del ánima intelectual, y con ella de todo lo que pertenece á los dos mundos, así mayor como menor, que es el hombre. Agora será razon aprovecharnos de todo lo dicho, levantándonos por las criaturas al conocimiento del Criador.

CAPITULO XXXVI.

De la providencia especial que nuestro Señor tiene de las cosas humanas.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio, y un primer movedor y gobernador de todo este universo,

(d) Bernard. serm. 1. in Annunciat. B. Mariae, ant. med. D. Ambr. libel. de dignit. condit. hum. cap. 2. et 3. tom. 1. (e) Psal. 48.

que llamamos Dios. Sirve tambien para que conozcamos la providencia que este soberano Señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó á todos los animales para su conservacion, que es para mantenerse, y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermedades, y criar sus hijos. En nada desto pusieron duda los filósofos de mas grave y asentado juicio. Mas así como se hallan á las veces cuerpos monstruosos, que nacen ó con sobra ó con falta de los miembros acostumbrados, así tambien (y aun mucho mas) hay ánimos y ingenios monstruosos que dicen cosas no solo contra toda razon, sino contra todo el comun consentimiento del género humano; cuales fuéron los que confesando la providencia que Dios tenia de los animales brutos (por las razones susodichas) osaron decir (a), que no la tenia de los hombres, por la confusion y desorden que veian en las cosas humanas: no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay porque el Criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capaz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme á sus obras, haciendo bien al bueno, y castigando al malo. Lo cual llegó á entender aquel insigne filósofo moral Séneca, diciendo en una palabra gran parte de lo que enseña nuestra religion. Porque hablando de Dios dice, que él nos trata de la manera que nosotros lo tratamos. Dando á entender que á los que reverencian y honran á Dios como á verdadero Señor y padre, trata él como á fieles siervos y hijos. ¿Qué mas dijera este filósofo si fuera cristiano? ¿Cuán grande y cuán universal doctrina se comprehende en estas tan breves palabras? Mas aquí es de notar, que cuando decimos que hace Dios bien á los buenos, y castiga á los malos, no entendemos aquí por bien los bienes temporales (los cuales ni aun los filósofos llamaron bienes), ni por mal la pobreza ó falta dellos, pues esta no merece nombre de verdadero mal; pues todos los sanctos voluntariamente la amaron y procuraron. Así que la providencia que el Criador tiene de los animales, siempre es de una manera; mas la de los hombres es diversa, segun la diversidad de sus obras. Mas contra estos filósofos desvariados, se armaron los verdaderos y graves filósofos, mayormente los que se llamaron estoicos (que eran muy devotos de la virtud), probando con gravísimas razones la providencia que generalmente tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las cuales pondrémos aquí algunas.

Porque primeramente ¿qué oídos no se escandalizan oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias, y no de los hombres; habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre, como está ya declarado? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si á la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparacion mas noble que todos los brutos animales (como criatura hecha á imagen y semejanza de Dios), ¿en qué razon cabe decir que él tenga providencia de cosas tan bajas y desprecie las altas como son los hombres, á los cuales llama hijos por la semejanza que tienen con él? Y si tiene cuidado de los brutos, que ni reconocen el beneficio ni le dan gracias por él, ¿cuánto mas lo tendrá del hombre, que lo reconoce, y adora, y alaba por él?

(a) Contra quos August. lib. 83. quæst. 82.

Vemos tambien que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus propias cosas; y que cuanto mas las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que á los brutos (lo cual se ve por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la mas excelente naturaleza que le dió), ¿cómo es posible que teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que mas ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta ó engiere un arbolico, se alegra despues cuando lo ve crecido, y medrado, y cargado de fruto, y le pesa si lo ve maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo que él plantó, ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que él formó?

Mas no solo el amor, sino la bondad tambien es causa de la providencia. Y así vemos que los hombres de singular y excelente bondad, tienen gran respecto al bien comun, y así lo desean y procuran, aunque sea á costa suya. Pues si esto es propio de la excelente bondad, cuánto mas lo será de aquella summa y infinita bondad, para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve está bien ordenado; mas por el contrario estando él desordenado, tambien lo está el mundo, pues sirve á quien no sirve al comun Señor de todo.

Y si todas las perfecciones de las criaturas (que se llaman absolutamente perfecciones) están en Dios por muy eminente manera, y tener cuidado del bien comun sea una dellas ¿quién osará negar que no la hay en Dios, siendo él un abismo de todas las perfecciones, y el autor dellas?

Vemos tambien que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos: como lo tienen los padres de sus hijos, los reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues ¿cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel Padre soberano, y aquella causa de las causas del mas noble efecto, que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

Añado mas á lo dicho, que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó es porque no puede, ó no quiere, ó no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría; y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la caridad, y la misericordia, y finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder que es infinito. Porque, quien pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos, y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer? Y si él por su propia voluntad quiso criar este mundo, no por necesidad que dél tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la cual quiso dar sér á las cosas que no lo tenían, ¿por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso criar?

En cabo de lo dicho acrecienta una consideracion muy principal y muy experimentada. Vemos generalmente que todos los hombres de cualquier nacion que sean, cuando se ven en algun aprieto y angustia, súbitamente sin algun discurso de razon, sino por solo instinto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al

cielo (donde aquel Señor principalmente reside), pidiéndole socorro. Pues como esta inclinacion esté impresa por el Criador en la misma naturaleza del hombre, y esta no pueda ser ociosa y vana (por aquella comun sentencia de filósofos, los cuales dicen que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua), síguese que él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinacion natural en los corazones dellos. Ni es menor testimonio el comun consentimiento de todas las gentes por bárbaras y bestiales que sean, en las cuales siempre se halla alguna manera de culto de la Divinidad, aunque falso y errado; y esto con presupuesto que no honran esta Divinidad de balde, sino porque esperan favor della; porque si nada esperasen, no la honrarian, ni tendrían cuenta con sus templos y sacrificios. Y esto es confesar la divina Providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, síguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impreso en su corazon por el autor de la misma naturaleza. El cual así como engirió en los corazones de los hijos una natural inclinacion de acatar y reverenciar á sus padres, así tambien imprimió otra de honrar á Dios, que por muy mas excelente manera es Padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbre de naturaleza, que dijo Aristóteles que no habiamos de poner en disputa si le nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses habian de ser honrados; sino dar ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida á los padres y á los dioses.

Estas y otras semejantes razones movieron á los mas graves y sabios filósofos, como fué Platon, y Sócrates, su maestro, y señaladamente los estoicos, uno de los cuales (que fué Séneca) escribió un libro entero de la divina Providencia. De la cual tambien hace mencion en otros lugares de sus epístolas. Y así en una que escribe á su amigo Lucillo, dice estas singulares y notables palabras: Cerca de tí está Dios, contigo está, dentro de tí está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El cual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y ten por cierto que ningún hombre puede ser bueno sin él; porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? El es el que nos da consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las ánimas de los buenos, aunque no sepamos cuál Dios sea este que en ellas mora. Un ánimo excelente, y moderado, y que pasa por cima de todas las cosas como por viles y bajas, y se rie de todo lo que nosotros tememos ó deseamos, sólo Dios lo puede hacer. No puede una cosa tan grande hacerse sin favor dél. Y así la mayor parte deste ánimo está en el lugar de donde bajó. De modo que, así como los rayos del sol llegan á la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde descienden; así el ánimo grande y sagrado (enviado al mundo para que por él conozcamos las cosas divinas), conversa aquí con nosotros, mas él está junto con su principio de donde nace. Y en otra epístola dice así (b): Maravillaste que los hombres vayan á los dioses: mayor maravilla es que Dios viene á los hombres, y (lo que es aun mas vecino) Dios viene á morar en ellos. Porque ninguna buena ánima hay sin el favor y presencia de Dios. Todas estas son palabras de Séneca, el cual sin haber leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin

(b) Epist. 74.